

# “Colombia vive, por ella viajan” ...

Gustavo Acosta Vinasco

## Resumen

En esta crónica de viaje por Colombia, subyace una aguda crítica a la imagen que el gobierno ha pretendido vender de este país en el que a veces todos hemos sido prisioneros; un ejercicio de reportero que nos recuerda lo trascendental que resulta lo simple, cuando se logra plasmarlo.

**Palabras clave:** Viajar, placer, terminal, bus, seguridad, pasajero.

## Abstract

In this chronicle about a travel through Colombia lies an acute critic to the idea promoted by the government about the country, a place in which citizens have sometimes felt prisoners. It's a journalistic exercise that makes us remember the transcendentalism of simplicity when it is registered.

**Key words:** travel, pleasure, bus station, bus, security, passenger.

## I – Excursus

En el ámbito del periodismo, no cabe duda de que el “placer” es algo bastante subjetivo. No hablamos aquí del placer *para* el lector o el espectador, quienes a mi juicio deben estar preparados también para lo siniestro, si es que no se goza en ello; sino, más bien, del placer –de haberlo–, que resultare *en* la concepción de una noticia: es, digamos, el placer “para-sí” del periodista, en medio de las balas, de la sangre, o inmerso en la corrupción –de cualquier materia.

Por mucho que haya progresado la ciencia estética, el padecimiento humano no puede ser nombrado “bello” en ninguno de sus valores o categorías. Dudo asimismo que las obras periodísticas, aunque grandes, emulables, y muy bien escritas merezcan el título de “bellas” (las crónicas de Barbajacob cubriendo los terremotos de Centroamérica; los perfiles de Carlos Sánchez en el submundo de Medellín; o las temerarias denuncias de un Ramón Jimeno entre los hilos de las maquiavélicas políticas nacionales...), ello sería masoquista por parte de nuestra cultura.

Y está claro, por otra parte, que la labor periodística, más cercana a las pretensiones de lo “bueno” y lo “verdadero”, tampoco se restringe a la tragedia; mas para todo creador, el placer de concebir, comenzar, adelantar y de pronto terminar su obra, encierra todo el repertorio de tragedias, contrariedades, victorias, egoísmos, dificultades, bellezas, mezquindades, desánimos, y hasta la censura y la crítica sepulcrales. El oficio es la vida misma.

¿Cuál es la felicidad que le reporta al cronista su labor, en definitiva? ¿De dónde la obtiene? No

hablamos aquí, tampoco, de amor ni filantropía. Sigue viva, entonces, aquella motivación de lo irracional a la que muchos apelan para justificar ese oscuro, humanamente oscuro deber de informar, revelar y dar a conocer eventos que, por la salud mental de la ciudadanía, bien merecerían mantenerse ocultos (y sí que se los oculta).

A cada reportero o investigador se les presentarán sus motivaciones bajo la forma de una epifanía privada; los seres humanos encarnan una bizarría que no sólo consiste en el dolor, pues también el periodista presencia instantes de encantadora libertad de los que pronto hace sus personajes; sólo esto explica en principio la actitud persistente (dejando de lado las otras motivaciones, más inmediatas, superficiales o acomodaticias) de quienes comunican por profesión: escribir una nota de interés periodístico puede parecer a simple vista algo rutinario, y su placer bien pudiera limitarse a la satisfacción de cumplir con el trabajo, o con lo debido a la vanidad, casi indiferentes a las pasiones y emociones concomitantes; o por el contrario, bien adicto a ellas. Habrá algo más que una perla en el estercolero.

## II – La ida

Por mi parte, yo que me encuentro por azar en estas vías, escribir algo de interés público se me ha convertido en un lujo, puesto que debo aguardar a que las labores magisteriales que me sustentan cesen por unas semanas, de modo que pueda concretar mi relativo interés por la desvalida humanidad –tan desvalida, que requiere del periodismo como de una pata de palo– bajo el pretexto de una historia de vacaciones.

Preparo mi equipaje con miras a resolver algunos asuntos en mi ciudad natal. Añado un libro al bolsillo del desodorante y el talco y los calzoncillos: La Gitanilla, novela ejemplar de Cervantes (¡no es la moda de los cuatrocientos del Quijote, sino lectura escolar!). La protagonista, una gitana que sin duda debió haber sido preciosa, así se llama. Con cuántas hordas de gitanos no viajaría don Miguel en sus periplos mediterráneos para poder hablar con tanta franqueza de las mañas de esta joven, su abuela y otros, quienes recorrían Castilla viviendo de las canciones y la poesía (ah, la poesía, *¿para qué sirve la poesía?*, le pregunta un fracasado poeta a la avispada mozuela)... más tarde un joven se enamora de ella, lo pone a prueba, seguro terminarán felizmente casados, ...la novela, en todo caso, me animó el tedioso viaje hacia la ciudad de mis natales contrariedades, volví a fijarme a la ventana cuando el bus ya entraba a la autopista del café.

Inminente desplazamiento postergado, encuentros, reuniones, ebriedades, despedidas. ¡Habiendo tenido que viajar obligado por irresolubles asuntos editoriales que sólo arrojaron sueños inalcanzables y deudas encarcelables!, me quedé sin un peso. Quiero volver a Medellín lo más pronto posible. Tengo dinero en casa, pero ahora ¿a quién pedirselo prestado? Los amigos de mi generación han sido suficientemente generosos con su hospitalidad; y aquellos de mi familia quienes, siendo yo niño, me ofrecían con su dinero, han muerto o están lejos. ¡Qué fijaciones!

Añoro volver a montarme a uno de esos buses que cumplen con todas y cada una de las antirreglas de la higiene y la seguridad; casi he olvidado que unos años atrás, en épocas de estudiante, yendo a visitar a mis familiares alguien me dopó con burundanga, ¡no podría pasarme de nuevo!; ni siquiera terminé la novela a la ida, la lectura me mantendrá alerta durante la vuelta, y dado el estado actual de ánimo, puede ser más interesante tratar con personajes literarios, hoscos, vagamundos, con la moral de los caminos, pero cantores; antes que con los amigos de una infancia imaginada, envueltos por la red meritocrática del mezquino sector oficial de una ciudad “en vías de desarrollo”... sí, añoro un bus... ¿qué me expulsa de esta villa intermedia, de esta raza escogida por los astros para que yo supiera del mundo humano?

Me expulsa de esta villa, sus notables logros en el campo del lavado de dólares. Esa será una de esas verdades que la “opinión pública” ha llegado a considerar improbables o recostadas. Pero incluso los manizalitas se valen de ese secreto a voces, para perpetuar las rencillas legendarias sostenidas contra los pereiranos. Me choca el crecimiento, como si las ciudades –hechas a la

medida de las virtudes y los vicios humanos–, no debieran tener una estatura, una medida; me molesta el aumento de anillos viales magnificados, los mismos que dentro de unos años serán inútiles, o por lo menos deficientes, como ha llegado a suceder en las ciudades mayores como Bogotá o Medellín. Entonces advienen los planes de desarrollo urbano, las grandes modificaciones de la malla vial, y los consecuentes desplazamientos humanos.

La “reubicación” de los habitantes de las calles del centro de Pereira ha sido un proceso tan complejo como “exitoso”, al decir de un amigo, la noche anterior, al que se le sienten las ganas de llegar a la alcaldía: la ciudad se higienizó, porque claro, el nuevo auge turístico de la zona cafetera exige un aspecto limpio, moderno, urbano, decantado. Está bien, hermano, todos nos tenemos que ubicar, ¡pero no te olvides de la realidad! ...todas las manzanas que ocupaban asentamientos subnormales, residuos de un sistema de vida entre lo urbano y lo rural, habrán de ser ocupadas por los mega-almacenes de cadena...

¿Cuál es el destino de los indigentes, habitantes de la calle, transvestidos y revertidos...? Los inevitables planes de renovación urbana que se han venido adelantando en las principales ciudades del país han evidenciado lo que todos los ciudadanos con sentido común conocen: que muchos ciudadanos difícilmente viven como tales, aquellos que viven en la calle por voluntad propia o por fuerza mayor (o porque la segunda implica la primera).

Mejor dicho, en Pereira se respira un aire de *limpieza*. Quiénes, no sé.

### III- La vuelta

Llamo a L., él es un comunicador que estudió en la Universidad de Antioquia, cuya familia en Medellín me acogió cálidamente durante varios semestres; hace muchos años, cuando él era más joven, estuvo seriamente en “las drogas”, Niquitao, el punk...; pero Pereira, tierra de oportunidades, ciudad sin puertas, le daría una nueva oportunidad que bien se merecía; en la Alcaldía de Pereira ha demostrado su conocimiento de la realidad infra-social, y yo diría que se ha vuelto imprescindible, y en verdad que lo hace bien.

- L., préstame plata para devolverme a Medallo...
- Te espero...

Me dice que vaya a su oficina al mediodía, pues ahorita mismo los funcionarios de la Alcaldía están recibiendo una donación de AC, GP o AVo5, no sé de cuál de estas industrias de ropa con nombre de fórmula química. El Palacio Municipal de Pereira es un edificio maravilloso del periodo modernista, cuando la fuerza civil masónica

criolla hizo del villorrio una ciudad decente. La oficina de L. es en realidad un cubículo, no muy bien iluminado ni tan íntimo como debiera de serlo para el cuchicheo de los lagartos, los favores de los clientelistas y las peticiones de los menesterosos. No digo que él sea algo de lo anterior, es lo que se respira en los corredores públicos.

- ¿Qué hubo G.?
- [un abrazo].
- Mirá la camisa, y ve este pantalón, ¡já, están botaos los lambones esos!
- Bonitos...
- Ya te conseguí el tiquete.
- ¡¿En serio?!
- Y tomá esta plata. Ve, tenés que estar en la terminal a las cinco de la tarde, preguntás por F., él te da el pasaje, y listo güevón.
- ¡Qué bien! ¿Y también me vas a ayudar con el arriendo? Vos sabés que trabajo en un colegio privado y no me pagan sino diez meses al año...
- ¡Comé mierda!, o sino te meto a la volqueta con los otros pasajeros...
- ¿Cómo así?
- Porque es que te querían echar con los demás habitantes de la calle que están devolviendo a sus ciudades de origen... en la volqueta los trasladamos a todos a la terminal, les damos una platica, almuerzo, ropa limpia, y ya de ahí para adelante no podemos hacer más, pero... ¿te imaginás vos con todos esos locos? No, vos no aguantás ese batacazo...esperáte contesto esta llamada...

Es agosto, en Bogotá, Cali y Cartagena hay confusión, acaban de reventar todos los conflictos que surgen de un desalojo, el fenómeno se replica desde El Cartucho, se siente por los alrededores de la antigua galería de Pereira, pero con poco eco ya en Guayaco; aunque en Medellín todo está bajo control, con parque para estrenar, la indigencia no ha desaparecido del todo, sólo se desplaza, silenciosamente expande el suncho; en Bogotá en cambio, hay duros cuestionamientos a las condiciones del desalojo... ¿cómo se hará el traslado de los ex-habitantes del sector? El país aguarda que el efecto mariposa de esta medida llene toda la nación.

Los noticieros de televisión registran por estos días las quejas y denuncias de habitantes y autoridades de las ciudades que comenzaron a recibir camiones llenos de "desechables", y ante la sorpresa y falta de preparación para acogerlos, el

problema es la sensación en manos de los medios televisivos.

- Bueno, mucha suerte mijo, saludes a mi mamá, andá a visitála, que sabés que se acaba de morir el viejo...
- Voy por mi maleta.

#### IV – Estación intermedia

**Los noticieros de televisión registran por estos días las quejas y denuncias de habitantes y autoridades de las ciudades que comenzaron a recibir camiones llenos de "desechables", y ante la sorpresa y falta de preparación para acogerlos, el problema es la sensación en manos de los medios televisivos.**

Cuando llego a la Terminal, busco el puesto de información donde se debe encontrar el funcionario de la alcaldía que L. me señaló. Una agente del tránsito me dice que lo busque en la taquilla de la Empresa A., que "está tratando de arreglar un problemita". A pocos pasos escucho a un par de hombres discutiendo, cada uno arrastra sus pies y palmorea irritadamente como señales de desespero: entre el funcionario de la Alcaldía y el gerente de la Empresa de Transportes no parece surgir ningún acuerdo. Escucho que F. vocifera:

- ¡Pero si están bañados!
- ¡Yo qué hago si los clientes se me quejan! –responde el gerente, como disculpándose ante todo el Terminal de transportes, con el tono de quien somete sus buenos sentimientos ante el

cumplimiento de un cruel deber –de un cruel prejuicio. Para enfriar la situación, decido entrometerme–.

- ¿El señor F.? –preguntó retóricamente–. Mi nombre es G...
- ¡Ah! ¿Usted es el que viene de parte del doctor?

El corrillo de la sala de espera me mira con asombro, no parezco muy salido de las entrañas de la indigencia, ni tan necesitado como para viajar a merced de la caridad institucional. Yo les devuelvo las miradas, queriendo significarles que las apariencias engañan, pero noto que tras la pequeña multitud ansiosa por viajar, permanece sentado un anciano, demasiado anciano quizás, vestido con tenis deportivos de lengua afuera, una ruana, un pantalón de corte no muy raído, y poseedor de un impresionante olor, que imagino, ni los estregones que le debieron haber dado en el hogar de paso del programa de la Alcaldía, le lograron suprimir. Sin duda el anciano anciano es el origen de la disputa.

De repente, el gerente de la empresa se dirige a mí, con tono explicativo pero cortante:

- Yo sé que ustedes tienen una necesidad, pero es que los clientes se me quejan y...

Prefiero buscar una silla, eso sí, no muy cerca del anciano, porque lo más prudente sería no inmiscuirme, a mí se me está haciendo un favor, sin duda, pero sé que ellos son merecedores de un deber institucional, y supongo que F. está preparado para hacérselo ver al gordo bigotudo barrigón de la gerencia. Me siento a dos puestos de un individuo que me saluda cortésmente y que se fija sobretodo en la cajetilla de cigarrillos que he venido exhibiendo con ansiedad.

- ¿Fuma?
- Le agradezco...-clic...-, ¡Uy! Ustedes que si quiera ya se van... el mío que sale a las diez de la noche.

De vez en cuando el gerente vuelve a arrastrar los pies en el piso arenoso de la terminal. Los que estamos sentados nos miramos, alguien disputa por nosotros, nace una identificación, estamos bajo el conflicto de dos intereses, así que hay que unir nuestra fuerza en favor de un soberano, si F. triunfa logrará ponernos en un asiento directo a un destino que, aunque fijo -técnicamente hablando-, ¿quién sabe sino incierto para algunos?

- ¿Y usted para dónde va?
- Para Bogotá...
- ¿De dónde viene?
- ¡Uy! Pues, ahorita así varado, desde Buenaventura...
- ¿Qué estaba haciendo por allá?
- Bucando camello, ¿qué más? Yo me separé de la mujer mía... nosotros vivíamos en Barranquilla, yo estaba muy aburrido porque el trabajo estaba malo, ¿oiga?, pero malo, y un hermano mío, que también es tolimense, se había ido hace unos años para Buenaventura, él es Pastor, y me insistía que nos fuéramos para allá.
- ¿Usted también es religioso?
- ...No, yo no mucho... La mujer mía se devolvió para Bogotá, pero esta es la hora que no he podido tener razón de ella. Se me llevó los chinos, ella dijo que para esa tierra de negros no se iba. Pero cuando yo arranqué para Buenaventura, así d'iuna, sin avisarle a mi hermano, no sabía en la que me estaba metiendo. Él se había entregado a la iglesia, ¿sí?, entonces yo me fui derecho a buscarlo a una congregación que tenían por allá en un barrio. Resultó que mi hermano se había ido hacía un par de meses para Tulúa, allá dizque estaba predicando. Yo

ya no tenía un peso, entonces los hermanos de esa iglesia recogieron para mandarme a Tulúa, era todo lo que podían hacer, porque ni la dirección de mi hermano la tenían, el pastor tenía el número telefónico en un papelito que guardaba entre las páginas de la Escritura, pero no hacía mucho se le había extraviado...

- ¿Y llegó a Tuluá?
- ¡A duras penas llegué a Cali!, y si me descuido ni llego, en el camino nos robaron todo a los pasajeros del bus, eso fue entrando, ¿oiga?, se pararon del puesto un montón de tipos con armas y en bolsas negras de esas plásticas se llevaron todo... ¿oiga? Ahí empezó el vía crucis. Dormí tres días en la terminal, sin papeles... y todo lo que logré fue que el gerente me mandara hasta Buga, y yo claro aproveché.
- ¿No conocía a nadie en Buga?
- ¡A nadie! Entonces me fui derecho para don-

de el señor de los milagros...

- ¿Usted en qué trabaja?
- Carpintería, yo le trabajo a usted todo lo que es la madera... ¿oiga?, y entonces busqué al curita de allá, y me recibió y yo le conté todo esto que le he contado a usted, ¿y sabe qué hizo? Se metió la mano debajo de la sotana, y yo me alegré porque me iría a colaborar, ¿sí me entiende?, y... ¿sabe con qué me salió? ¡Hombre! Con una moneda de \$200, ¡Hombre!... Y yo diciéndole al cura que lo que más quiero es encontrar a la mujer, yo no soy un hombre vicioso, ¡vea estas manos!

Al hombre se le entremezclan el despecho, la conmoción y la indignidad -según, al menos, mi subjetiva apreciación-, es un hombre rudo y de facciones agradables, aunque le empiezan a

faltar los dientes. No quisiera preguntarle cómo llegó a Pereira, así que opto por ofrecernos un cigarrillo mientras se decide a cerrar el cuadro de su historia -la cual yo no sabría calcular en qué punto se halla en realidad-. El ámbito de la taquilla se calmó paulatinamente, y F. se apresura a enfilar los beneficiados con la medida institucional, le pregunto que quihubo del tiquete, él alza los hombros como queriéndome responder que de la gerencia van derecho a las manos del conductor, por seguridad.

Se me viene a la memoria la obrilla de Cervantes, cuando los gitanos se aproximaban a las villas, los habitantes escondían los objetos de valor.

**Se me viene a la memoria la obrilla de Cervantes, cuando los gitanos se aproximaban a las villas, los habitantes escondían los objetos de valor. También en la vida de gitano se cae por casualidad, o por capricho; en ella cae el enamorado de Preciosa, por amor; el paje-poeta en cambio por desamor, ambos dejan todo atrás, y ¡a errar!**

También en la vida de gitano se cae por casualidad, o por capricho; en ella cae el enamorado de Preciosa, por amor; el paje-poeta en cambio por desamor, ambos dejan todo atrás, y ¡a errar!

Me despido de H., deseándole una suerte que ni él ni yo podemos controlar. Para mi infortunio, el anciano anciano viaja conmigo, veo que se ubica en una silla posterior de la cabina, yo en cambio en un puesto de adelante. Para mi fortuna, no llevo pasajero al lado. La noche cubre nuestro recorrido por las riberas del cauca, y se espera una rápida parada en algún restaurante de La Pintada. Me siento cerca, ¡increíble! El Estado colombiano me está llevando de regreso a casa, y yo que despótico tanto de él, y tanto que imploré sus favores antes, para que nuestro pasquín no se fuera a la quiebra, y yo tan resentido, ¡qué hambre me producen estos pensamientos!

## V – Un hallazgo

Todos descendemos del bus, por seguridad. El anciano pasa por mi lado, y el apetito se me disipa. (Trataré de seguir el ejemplo del escritor naturalista Émile Zolá, él siempre guardó un profundo respeto por sus desventurados personajes, no queriendo desdibujar la malograda existencia del lumpen parisino en cuya geografía escarbó con sus narices por delante y su cámara en hombros, hasta la muerte, a pesar de los escrúpulos).

Ha comprado un café con leche y un buñuelo endurecido. Yo me fumo otro cigarrillo y compro agua para llevar. El pueblo conserva el sopor vespertino, las motocicletas llenan las calles, y los buses intermunicipales agitan los venteros de fruta y fritos. El chofer se tomó su tiempo para comerse la *bandeja* que le tienen cada día de por medio, cuando le asignan esta ruta y va a dormir a Medellín. Algunos pasajeros intentan llamar por sus teléfonos celulares, pero veo que no obtienen señal. Estamos en un cañón. Por aquí nunca ha entrado la noche sin que se deje de sentir un ligero temor, como canta Aurelio Arturo en su poema, ante las inesperables “*ráfagas de palomas moradas/ cuando un viento malo sopla sobre las granjas/ en el valle de la estrella más sola...*”.

–¡Adiós, mi amor! –se despide el chofer de la ventera–, y palillo en diente, se dirige a abrir la puerta del bus con una actitud enérgica de recién almorzado que le lleva al afán y la pitadera.

Subo y me descalzo, buscando llegar lo más relajado posible; el desenlace de la novela quedará postergado, el bus cruza el puente sobre el río Cauca y se apaga la iluminación de prostíbulo. El anciano hubo dormido gran parte del trayecto hasta La Pintada, los demás lo notamos cuando alargó descaradamente sus piernas sobre el puesto de al lado; el bus, a fin de cuentas, no venía tan lleno, ¿de qué se quejaba el gerente de la empresa, si la alcaldía ni siquiera le está quitando puestos a otros viajeros?

–¡Pare, señor, pare! –grito inconscientemente–, ¡Devuélvase! –casi le ordeno– ¡que falta un pasajero!

El chofer baja la velocidad y enciende la iluminación de prostíbulo. Estamos de acuerdo en que falta el anciano. A su pesar, el chofer da media vuelta y regresamos al restaurante en que habíamos parado. Empujo el lento sistema hidráulico de la puerta del bus, descendiendo a toda prisa, como si se tratara de un niño indefenso, y el anciano no se ve por ningún lado, las mesas están vacías y ya han sido limpiadas, identifico a la querida del chofer y le pregunto por un anciano de ruana, tenis sin cordones...

–¿¡Uno que huele muy maluco! –me interpela–, ¿es que él venía con ustedes? Yo no lo he vuelto a ver. Apenas hubo terminado ella su deseo, el anciano salía de detrás del biombo de los baños, tratando de recomponer su bragueta con letargo, y dispuesto a sentarse nuevamente ignorante de su transporte. El chofer se le abalanzó conmovedoramente, quizás temeroso de haber estado a punto de meterse en un lío judicial así no más. El bus lo recibió con ovación, en honor del venerable pasajero se activó el aire acondicionado, se apagaron las luces y, para celebrar la ocasión, el chofer puso una película en dvd, tan efectiva que a mí me alcanzó a arrullar.

Desperté llegando a Envigado, un acto reflejo me hizo mirar a la parte posterior de la nave. Al parecer, el anciano ya se había bajado. ¿Cuál sería su destino? ¿Sabría a dónde ir? ¿Tendría? ■